

Pablo de Rokha

Premio Nacional, ¡al fin!

“S OY demasiado experimentado, vivido y sufrido, para la vanidad, pero si tengo orgullo. El orgullo enorme de ser un intelectual honrado, con buenas y malas costumbres de hombre, el orgullo de ser un varón popular de Chile, el orgullo de haber dado a la República 7 hijos y 30 libros, y el orgullo del recuerdo inmortel de Winétt, mi gran inspiradora”. Este acento altivo de hombre fuerte y cabal, es el de Pablo de Rokha, que a los 71 años acaba de recibir ese Premio Nacional de Literatura que durante años fue reclamado por su “clan” y que recién ahora se le concede, y aún por simple mayoría.

Un torrente, una montaña que se derrumba y el océano Pacífico embravecido, todo eso junto da una pálida idea de este autor - conmoción que no cesó de agitar las letras chilenas con panfletos, delirantes insultos, poemas en prosa donde las palabras hierven y se derraman, vertiginosos libros que escribe, graba, vende personalmente por las calles, manifiestos políticos, salvajes declaraciones que firma él, su mujer, todos sus hijos y los maridos y mujeres de ellos, pantagruélicas comidas y odas suntuosas a las comidas no-

pulares de su Chile popular. “E fuera posible, sirvámonos la empada, bien caliente, bien chilla, bien picante, debajo del parra, untados en enormes piscinas moledas y añorando lo copretético y, ennegriendo a los parientes, cada cacho de cabernet talquino, y la paipilla lloviendo, con poncho, completamente mojado, entre naranjas y violetas, acompañados del cura pisco y borrachos”.

Desde sus veinte años de copiant santiaguino estuvo en guerra con el medio intelectual chileno, trasteándose en un maestro del arte de injuriar, sobre todo a los críticos que atacaban sus versos hirutas. Después de años de retiro en los que se “luché contra Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Verhaeren, Nietzsche y Whitman”, publica su libro *Los poemas torrencial, populista, frenético, no de materia, de ritmo, siempre hecho*. Abandona el anarquismo por el comunismo en 1933, pero vuelve a abandonar el comunismo a causa de Neruda, en 1938. Al “otro Pablo” de la literatura chilena le tendrá un inquina rencorosa, insaciable terminar dedicándole un libro, *Yo y yo*, luego de haberlo injuriado en el más barroco de los estilos: “Yo no soy un vertebrado ni es un molusco con la forma del boomerang, y su expresión, el coracol, lo torna redondo y hacia afuera (elefantiásico albatros de espaldas que invadió y profanó los nidos de los), por debajo, subterráneo, mordiendo y mordiéndose vestigios, entre los huesos de la tierra pedregosa”.



ROKHA: ALIMENTOS TERRESTRES DE LA POESÍA

“Esos y libertad, como un muerto con poncho llovido...”

Igual rencor, algo menos violento y algo más despectivo, tuvo por Alone (Díaz Arrieta) a quien le escribía: “Como desprecia a las mujeres y a los trabajadores, mi estilo tiene que hacerle daño a Ud., como una gran agua a los borrachos consuetudinarios, y costarle mucho y bastante la naturaleza dopada e idealizada de Pablo Neruda, en la cual las cebollas huelen a vaselina perfumada y el vino a orina. La ternura viril le ofende la sensibilidad, y a mí que soy abuelo de una gran docena de nietos, ha de costarme Ud. como a un monstruo”.

Tenía 20 años cuando conoció a Luisa Anabalón Sanderson, que escribía versos bajo el seudónimo de

Juana Inés de la Cruz. Con ella casó y de ella tuvo esa serie de hijos que tanto lo enorgullecen. Su relación con su mujer —que en la vida literaria adoptó el nuevo seudónimo de Winétt de Rokha— fue uno de sus sentimientos fundamentales. A su muerte, en 1951, le dedicó algunas de las páginas más emocionantes de la literatura chilena. Pocas o ninguna vez se contó con tan desgarrada furia y sufrimiento la pérdida de una mujer, y él, que decía de sí “vago como macho obsesionado alrededor de cama de bodas”, encontró acentos ardientes, que no conoció ningún otro poeta de su tiempo, incluido “el otro Pablo”, para decir su verdad de hombre desconsolado: “Aquí estoy, Winétt, mon-

tado a caballo en mí mismo, oscuro y terroso de angustia, apellinado y enfurecido como madera hecha piedra, como bramido de toro herido barranca abajo, como graznido de gran águila apuñalada con un recuerdo o el huracán en la palanca despedazada de la montaña, como quejido de cadáver pateado por Dios... y como soy ya como añoso naranjo de provincia, toda ilusión está perdida y todo pabellón roto y pisoteado; aquellas hermosas muchachas que parecían la pajarería otoñal a la orilla de tu juventud melancólica de niñagenio, son apenas hoy polvorientas y desplumadas señoritas de tristes romances, abueñas de ausencia y pretericiones, con muchos difuntos en la cara y toda una gran época despedazada en el corazón habitado por pájaros muertos, mujeres de antes, ya heridas por tantos espantos con años helados y crepusculares, y es exactamente lo mismo que, idos parientes y recordaciones, arribar a alojar a la soledad de la aldea natal en la que el único amigo es el último murciélagos del panteón, porque todas las formas de la vida, vividas fueron...

Sólo unos pocos, muy pocos, admiradores y amigos, han acompañado los años de esta larguísima e iracunda pelea que la vejez no ha apaciguado. El mismo Premio Nacional le llega como al último de la cola. Su estilo ardiente, su brutalidad y su grosería vital, su boca insultante y también gozosa, funcionaron contra las orientaciones de su tiempo y país que él vio pasar de las alabanzas a Gabriela a las alabanzas a Neruda, sin encon-

trar acogida ni en el partido comunista al que naturalmente estaba destinado. Pero su obra se sostiene: es una curiosa apuesta en el tiempo. Para ella habrá una juventud austera que creará en Pablo de Rokha como en un gran hermano mayor, iluminado, toco, vivo, que, mientras los otros poetas andaban en los salones, caminaba frenético por las calles, gritando como un loco sin que lo entendieran; y habrá también un público, o, más bien, un pueblo, que con él se entenderá porque encontrará que expresa más de una verdad de la vida.

Como su obra es poco conocida entre nosotros, a pesar de que en Montevideo recaló él, Winétt y todo su clan, allá por 1945, agrego otra transcripción de su hermosa "Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile", porque define bien el impetu viril de su literatura, la búsqueda de una alegría y un sufrimiento compartible por los hombres, y también porque a mí me gusta: "La chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca sagrada, y San Javier de Linares ya estará dorado, como un asado a la parrilla en los caminos ensangrentados de abril, la guitarra del otoño llorará como una mujer viuda de un soldado, y nosotros nos acordaremos de todo lo que no hicimos y pudimos y debimos y quisimos hacer, como un loco asomado a la noria vacía de la aldea, mirando, con desesperado volumen, los caballos de la juventud en la ancha ráfaga del crepúsculo que se derrumba como un recuerdo en un abismo".

Ángel Rama